

DON LUIS GARCIA DE VALDEAVELLANO Y ARCIMIS

MIGUEL ANGEL LADERO QUESADA
Universidad Complutense

Es tanto y tan excelente lo que la historia española, y en especial el medievalismo, han recibido de don Luis García de Valdeavellano durante más de medio siglo que resulta difícil elegir un punto por donde comenzar este recuerdo para quien, como sucede conmigo, no tuvo la fortuna de tratarle con detalle o asiduidad en alguna época de su vida, pero tampoco quiere convertir estas páginas en una fría enumeración biográfico-bibliográfica ni aprovechar abusivamente la circunstancia para verter juicios de valor u opiniones sobre los tiempos y las personas que rodearon la vida universitaria y científica de don Luis, pues, ya fueran positivos o no tales comentarios, parece claro que estarían fuera de lugar puestos aquí. Deseo, no obstante, comenzar con un recuerdo personal: he conocido al profesor Valdeavellano y apreciado mucho su humanidad afable, cortés y presta siempre al diálogo y al aprendizaje de los demás —lo que mostraba en él de manera inmediata al maestro y al sabio—, unas veces en el Archivo Histórico Nacional, a través de su mujer, la añorada Pilar Loscertales; otras repasando novedades en alguna librería madrileña, especialmente en la del inolvidable León Sánchez Cuesta; en ocasiones escuchando sus seminarios o alguna de sus últimas conferencias, o bien compartiendo con otros la honra de tenerle como presidente de algún tribunal de tesis doctoral que yo había dirigido. Le recuerdo con especial detalle acudiendo a presidir y escuchar atentamente las comunicaciones que formaron el núcleo de unas *Jornadas de Historia de la Hacienda Española*, en noviembre de 1980, de las que fui partícipe, y que estaban pensadas para su homenaje, porque con sólo su actitud ávida de conocer, humilde y grande al tiempo en su interés auténtico por lo que allí ocurría y por los que teníamos la satisfacción y el honor de rodearle, nos dio la mayor lección que pueda recibirse de cómo la sencillez es patrimonio de los mejores y de cómo se puede mantener la juventud intelectual indefinidamente si el entendimiento permanece presto a ejercitarse, libre de dogmatismos y abierto a los valores humanos y científicos, allí donde nazcan o estén presentes.

Hablar con él equivalía a completar, sin rupturas ni extrañezas, la imagen

que había ido surgiendo en nosotros al estudiar sus obras clásicas y, a la vez, siempre nuevas, donde, además de circular un caudal inmenso de conocimientos, se exponía con respeto toda opinión sin que hubiera en ello merma de la exposición serena e inteligente de las propias. Era un modo de ser y hacer convincente y correcto, fruto tanto del talante del autor como de su formación en una época y un ambiente intelectual de la reciente historia española del que todavía tenemos mucho que aprender si procuramos no mitificarlo ni convertir su recuerdo en arma de agresión o resentimiento. El profesor Valdeavellano no lo hizo y por eso lo conservó vivo en él mismo, para todos nosotros, y nos legó, como otros hombres de su generación, una actitud cognoscitiva y un espíritu liberal auténticos, que hemos de conservar y promover, pues estamos a su servicio, sabiendo que no son instrumentos de los que se pueda abusar sin romper su valor y significado.

De su maduración como historiador del Derecho y de su magisterio se han ocupado otros con mayor extensión y autoridad ¹, lo que disculpa la brevedad de esta nota, que en modo alguno pretende ser exhaustiva, además de estar escrita desde un punto de vista que necesariamente valora más de cerca las aportaciones de Valdeavellano al medievalismo y la historia general, campos ambos en los que destacó como ejemplo fecundo de la interrelación que existe en España entre historiadores del Derecho e historiadores radicados en las Facultades de Filosofía y Letras. Nacido en Madrid, el 19 de agosto de 1904, nuestro autor se educó en el Colegio Alemán, en el Instituto Cardenal Cisneros y en la Facultad de Derecho de la Universidad, recibiendo en los años inmediatamente posteriores el influjo intelectual y el estilo de ser y saber que emanaba, a través de la Residencia de Estudiantes, de los maestros y los principios que habían inspirado la Institución Libre de Enseñanza, así como los estímulos vitalizadores de la cultura española que protagonizaba por entonces Ortega y Gasset ².

Su formación como historiador del Derecho comenzó a partir de 1926, en la Universidad, donde fue ayudante de la cátedra desempeñada sucesivamente por don Laureano Díez Canseco y don Galo Sánchez, y en el Centro de Estudios Históricos, que le vincularía definitivamente al magisterio de don Claudio Sánchez-Albornoz y, de forma más genérica, al de don Ramón Menéndez Pidal. Trabajó allí en la sección de Historia de las Instituciones Medievales y,

¹ Véase la semblanza escrita por José María FONT RIUS en *Historia de la Hacienda Española*, Madrid, Instituto de Estudios Fiscales, 1982, 13-30.

² En sus últimos años, VALDEAVELLANO escribió en varias ocasiones sobre aquellos recuerdos de juventud y las raíces intelectuales de la Residencia; por ejemplo, en *Un educador humanista: Alberto Jiménez Fraud y la Residencia de Estudiantes*, introducción al libro de Alberto JIMÉNEZ FRAUD, *La Residencia de Estudiantes. Visita a Maquiavelo*, Barcelona, 1972, 9-58. También, «La Residencia de Estudiantes y su obra», *Revista de Educación*, marzo-abril 1976, núm. 243, 55-63, e «Historiadores en la Institución», en el libro titulado *En el centenario de la Institución Libre de Enseñanza*, Madrid, 1977, 81-87.

desde su creación en 1932, en el Instituto de Estudios Medievales, del que fue secretario, así como también lo fue, entre 1928 y 1933, del *Anuario de Historia del Derecho Español*, una de las revistas más prestigiosas que el Centro publicaba, bajo la inspiración de Sánchez-Albornoz. Aunque aquella etapa formativa terminaría en 1933, con su acceso a la cátedra de Historia del Derecho Español de la Universidad de Barcelona, aún pudo prolongarla en París y Berlín, desde junio de 1935 a mayo de 1936, realizando estudios sobre la ciudad y el régimen municipal en la Edad Media y participando en la fundación de la *Société Jean Bodin pour l'Histoire Comparative des Institutions*, creada en Bruselas en 1935.

La guerra y la postguerra truncaron muchos proyectos y dificultaron innumerables relaciones, pero Valdeavellano pudo y supo seguir su camino profesional y desarrollar la herencia del magisterio que había recibido en los años anteriores, en especial el de Sánchez-Albornoz. De su trabajo en Barcelona hasta 1954 nacieron iniciativas importantes, como la colección de «Textos y Estudios de Historia Jurídica»; surgió un Seminario de Historia del Derecho, y se formaron discípulos de tanto prestigio como José María Font Rius, Angel Latorre, Fabián Estapé o Juan Raventós. En 1954 se produjo el regreso a Madrid para enseñar en una Facultad nueva entonces, la de Ciencias Políticas, Económicas y Comerciales, donde Valdeavellano dirigió su Seminario de Historia de las Instituciones durante veinte años. Si la vida universitaria le depuró en ellos la alegría de conseguir nuevos discípulos, algunos hoy catedráticos maduros como Gonzalo Anes o Francisco Simón, el retorno a Madrid facilitó también el reconocimiento más amplio a una obra profesional que había alcanzado espléndida madurez: a finales de 1959 fue elegido académico de número de la Real Academia de la Historia, en la que desarrollaría una continua e importante actividad. Entre 1961 y 1968 fue vicepresidente de la Asociación Española de Ciencias Históricas. En 1977 recibió el nombramiento de académico de mérito de la Academia Portuguesa de Historia. Por entonces, ya jubilado, dirigía los trabajos del Seminario de Historia Medieval de España, de la Sociedad de Estudios y Publicaciones³.

Sin embargo, en la vida intelectual de don Luis no cuentan tanto estas distinciones y su participación en actos externos de la profesión —aunque sorprende la escasez con que se le requirió para unas y otros, habida cuenta de su enorme valía como historiador—, sino la densidad y permanencia de su tarea investigadora y docente vertida en un río de publicaciones que no cesa entre 1929 y los años finales de su vida —los «días penosos», como acaso él mismo diría—, puesto que conservó plena lucidez y capacidad de trabajo hasta las vísperas de su fallecimiento, el 29 de marzo pasado.

³ Un fruto último de este Seminario ha sido la nueva edición de *El Fuero de León*, León, 1983, coordinada por Rogelio Pérez-Bustamante.

Dejaré sin mención las excelentes reseñas críticas que publicó en el *Anuario de Historia del Derecho Español* entre 1929 y 1943, período en el que formó parte de su redacción, o las editadas posteriormente en *Moneda y Crédito*, *Revista de Occidente* y *Boletín de la Real Academia de la Historia*, para dedicar la atención y el comentario a las líneas principales de investigación y publicación, que permanecen con notable estabilidad a lo largo de los años ⁴.

La primera, incluso por orden de aparición, combina sabiamente los textos jurídicos y los llamados documentos de aplicación del derecho para desarrollar temas de historia institucional próximos o con vertiente hacia las realidades sociales y económicas, característica ésta que, aun siendo común a la escuela de discípulos de Eduardo de Hinojosa, en que se formó Valdeavellano, alcanza mayores dimensiones en nuestro autor y lo convierte, según escribe Domínguez Ortiz, en «un adelantado en muchos aspectos de la investigación y exposición histórica que hoy se pregonan como descubrimientos sensacionales». Su tesis doctoral sobre el mercado en León y Castilla durante la Edad Media, sugerida y dirigida por Sánchez-Albornoz, fue, por eso, un trabajo innovador y excelente que plantea numerosas cuestiones sobre los orígenes de la ciudad y del régimen municipal en el tercio norte peninsular, relacionadas con aquel fenómeno central ⁵. En *El Mercado*, como en otros muchos trabajos, Valdeavellano trasladaba al ámbito historiográfico español los métodos y las inquietudes de la época vigentes en Alemania, Francia y Bélgica, infundiéndolos una extraordinaria singularidad.

Su dedicación a los temas económico-institucionales continuaría en los años cuarenta y cincuenta, ceñida siempre al período altomedieval, y en paralelo a lo que Sánchez-Albornoz mismo y algunos de sus discípulos argentinos hacían al otro lado del Atlántico. Así vieron la luz sus artículos sobre la alternancia o complementariedad entre economía natural y monetaria en los siglos ix al xi ⁶, la economía de la España cristiana ⁷ o diversos documentos sobre mer-

⁴ No obstante, deseo señalar la importancia y originalidad de las reseñas que dedicó a comentar la obra de otros historiadores como Muñoz y Romero, Altamira, Menéndez Pidal, Abadal o Ramos Loscertales. Están reeditadas en su libro *Seis semblanzas de historiadores españoles*, Sevilla, 1978. También, «La obra de don Ramón Menéndez Pidal y la Historia del Derecho», *Revista de Estudios Políticos*, LXV (1959), 5-47, o «Don Claudio, historiador y maestro», *Homenaje al profesor Claudio Sánchez-Albornoz*, Buenos Aires, 1964, 196-200, y «El tema y los temas de Sánchez-Albornoz», *Revista de Occidente*, 50, junio 1985.

⁵ «El Mercado. Apuntes para su estudio en León y Castilla durante la Edad Media», *Anuario de Historia del Derecho Español (AHDE)*, VIII (1931), 201-405. Nueva edición, corregida y puesta al día, en forma de libro, Sevilla, 1975.

⁶ «Economía natural y monetaria en León y Castilla durante los siglos ix, x y xi (notas para la Historia económica de España en la Edad Media)», *Moneda y Crédito*, 10 (1944), 28-46.

⁷ «La Economía de la España cristiana en los siglos ix y x», *Moneda y Crédito*, 30 (1949), 14-25.

cados y ferias catalanes⁸, así como la síntesis sobre moneda y economía de cambio en los siglos VI al XI, que presentó en Spoleto el año 1961⁹. Para entonces había leído ya en la Academia de la Historia su fundamental ensayo sobre burgos y burgueses en la España medieval, que, junto con algunos otros trabajos —en especial de José María Lacarra y Luis Vázquez de Parga—, fue uno de los pilares en la renovación de los estudios de historia urbana relativos a las zonas norteñas de la Península, y sigue siendo uno de los libros de don Luis de más frecuente y provechosa lectura entre los estudiantes, en su edición del año 1969¹⁰. Con posterioridad volvería a veces sobre la temática económica o sus aledaños en notas y artículos sueltos de gran interés, como el que dedicó a las modalidades de compra¹¹, a la usura en los siglos X y XI¹² e incluso al editar el *cuaderno* de condiciones con que se arrendó el servicio de *monedas* en 1411¹³.

Pasemos ahora a otro ámbito: cuando Valdeavellano publicó en 1978 un luminoso ensayo y estado de cuestión sobre el feudalismo hispánico llevaba ya cerca de cuarenta y cinco años interesándose en aquel tema, desde que en 1935 entregara para el primer coloquio de la Sociedad Jean Bodin su estudio sobre los lazos de vasallaje y las inmunidades en España¹⁴. Cuando se lee lo escrito en 1978 hay que convenir, ante todo, en la capacidad de renovación y enriquecimiento de los puntos de vista de Valdeavellano, manteniéndose, al propio tiempo, fiel a la línea argumental originaria, que compartía con su maestro Sánchez-Albornoz. Y hay que convenir, también, en las profundas y serenas razones que tiene: si hubo años pasados, todavía próximos, en los que la discusión sobre el concepto de feudalismo y su arraigo en la historia medieval española tuvo fuerza tanto por su importancia misma como por los trasfondos político-ideológicos que entrañaba, hoy —gracias a Valdeavellano, en gran medida— seguir adelante con ella es más bien anacrónico y poco re-

⁸ «Seis documentos sobre mercados y ferias medievales en la Corona de Aragón», *AHDE*, XXVI (1956), 647-657.

⁹ «La moneda y la economía de cambio en la Península Ibérica desde el siglo VI hasta mediados del siglo XI», *Settimane di Studio del Centro italiano di studi sull'alto Medioevo*, VIII (Spoleto, 1961), 202-233.

¹⁰ *Sobre los burgos y burgueses de la España medieval (notas para la historia de los orígenes de la burguesía)*, discursos de recepción en la Real Academia de la Historia, Madrid, 1960. Nueva edición: *Orígenes de la burguesía en la España medieval*, Madrid, 1969.

¹¹ «Compra a desconocidos y compra en el mercado en el derecho español medieval», *Homenaje a don Ramón Carande*, I (Madrid, 1963), 397-442.

¹² «El "Renovo". Notas y documentos sobre los préstamos usurarios en el Reino asturleonés (siglos X-XI)», *Cuadernos de Historia de España*, LVII-LVIII (1974), 408-448.

¹³ «Un documento inédito de interés para la Historia de la Hacienda castellana en la Baja Edad Media: el Cuaderno de condiciones fiscales del año 1411», *Moneda y Crédito*, 128 (1974), 33-58.

¹⁴ «Les liens de vassalité et les immunités en Espagne», *Recueils de la Société Jean Bodin*, I (1958), 223-255; «Sobre la cuestión del feudalismo hispánico», *Homenaje a Julio Caro Baroja* (Madrid, 1978), 1001-1030.

levante desde el punto de vista profesional y del conocimiento histórico. Pero es que al término de llegada, en 1978, arribó Valdeavellano con un bagaje de saberes y un prestigio como especialista en el tema que había ganado por propio y personal esfuerzo en los decenios anteriores, desde que publicara sus estudios sobre el *prestimonio*¹⁵ y redactase, años después, el apéndice sobre instituciones feudales en España a su conocida y manejadísima traducción del libro de F. L. Ganshof¹⁶.

La tercera gran línea de investigaciones de Valdeavellano se sitúa, como bien señala Font Rius, «en el campo del derecho privado y en los aledaños del penal y procesal». Si tenemos en cuenta el auge que han tomado en los últimos años los estudios sobre la familia y las relaciones económicas en su seno, se comprende que vuelvan a ser leídos con interés estudios que sorprendieron en su tiempo por la originalidad de los conocimientos que aportaban. Me refiero, sobre todo, al que dedicó a la comunidad patrimonial de la familia en el derecho español medieval¹⁷, pero también a artículos muy anteriores, como el referente a la cuota de libre disposición¹⁸. Y, en el campo contiguo a los procedimientos procesales y penales, cultivó temas de importancia central: el apellido¹⁹, hurto y robo²⁰, la prenda²¹, la tipificación de bienes muebles e inmuebles²², la protección jurídica del domicilio²³, la pesquisa...²⁴.

¹⁵ «Beneficio y prestimonio. Dos documentos castellanos que equiparan ambos términos», *Cuadernos de Historia de España*, IX (1948), 154-160; «El prestimonio. Contribución al estudio de las manifestaciones de feudalismo en los Reinos de León y Castilla durante la Edad Media», *AHDE*, XXV (1955), 5-122.

¹⁶ «Las instituciones feudales en España», apéndice al libro de F. L. GANSHOF, *El feudalismo*, Barcelona, 1963, 229-305. Reeditado, junto con el estudio de 1978, en *El feudalismo hispánico y otros estudios de Historia medieval*, Barcelona, 1981.

¹⁷ *La comunidad patrimonial de la familia en el Derecho español medieval*, Salamanca, 1956. Reeditado, junto con otros trabajos de este grupo, en *Estudios medievales de Derecho privado*, Sevilla, 1977.

¹⁸ «La cuota de libre disposición en el derecho hereditario de León y Castilla en la Alta Edad Media (notas y documentos)», *AHDE*, IX (1932), 129-176.

¹⁹ «El "Apellido". Notas sobre el procedimiento *in-fraganti* en el Derecho español medieval», *Cuadernos de Historia de España*, VII (1947), 67-105.

²⁰ «Sobre los conceptos de hurto y robo en el Derecho visigodo y postvisigodo», *Revista Portuguesa de Historia*, VI (1949), 211-251.

²¹ «Sobre la prenda inmobiliaria en el Derecho español medieval», *Anuario de la Academia Matritense del Notariado*, X (1959), 335-385; «Escodriñamiento y Otorificación. Contribución al estudio de la reivindicación mobiliaria en el Derecho español medieval», *Centenario de la Ley del Notariado. Estudios históricos*, II (Madrid, 1965), 123-335.

²² «La limitación de la acción reivindicatoria de los bienes muebles en el Derecho español medieval», *Revista de Derecho Privado*, XXI (1947), 691-758; «Bienes muebles e inmuebles en el Derecho español medieval», *Cuadernos de Historia de España*, XII (1949), 105-123.

²³ «*Domus disrupta*. La protección jurídica del domicilio en los derechos locales portugueses de la Edad Media», *Anales de la Universidad de Barcelona*, 1943, 65-72.

²⁴ «La pesquisa como medio de prueba en el Derecho procesal del Reino astur-leonés (dos documentos para su estudio)», *Homenaje a Emilio Gómez Orbaneja* (Madrid, 1977), 221-237.

Pasarían muchos años, a veces, hasta que otros historiadores del Derecho comenzaran a interesarse por aspectos próximos a éstos. Y también abordó en ocasiones otros que van desde la *wadiatio*, tipo de contrato germánico²⁵, hasta la simbología jurídica²⁶, pasando por los orígenes medievales del juicio de residencia²⁷, las cartas de Hermandad²⁸ o el estudio de diversos fueros de localidades menores en el siglo XIII²⁹. En él seguían vivas toda la tradición de inquietud intelectual y amplitud del campo de estudio que hicieron la fama de la Escuela de Hinojosa.

Somos muchos los que comenzamos a saber algo de ella, y trabamos conocimiento con nuestro autor al mismo tiempo, estudiando sus obras de síntesis durante los cursos universitarios. Si otros libros se leían para aprender algo en ellos, la *Historia de España*³⁰ de Valdeavellano reclamaba una total incorporación, tras arduo esfuerzo y repetidas lecturas, hasta quedar integrado y concorde con la inmensa claridad del texto y la plenitud de su contenido. No todos triunfaban en el empeño porque pretendían utilizar el libro para memorizaciones someras, rápidas o de última hora, y lanzaban críticas que, acaso sin saberlo ellos, se referían más a su impotencia que no al objeto de su desencanto. Pero la mayoría de los que emprendimos la tarea de ser historiadores en los años cincuenta y sesenta sabemos bien que sólo comenzamos a conseguirlo el día que hicimos realmente nuestra la *Historia de España* de Valdeavellano y algunos otros libros fundamentales más. Por eso nos duele —aunque comprendamos muy bien las razones— que se truncara gloriosamente en 1212. Será siempre una sinfonía inacabada de nuestra ciencia histórica, porque aunque alguien pudiera tomar el hilo cronológico y seguir componiendo, la suya sería otra obra: la de Valdeavellano es única e irrepetible, como lo fue la circunstancia en que se escribió. Era, también, una obra maestra de la información: por ambos aspectos, información y estructura interna, sigue y seguirá siendo utilizada durante mucho tiempo.

Más conocido incluso, por más reciente y más asequible desde el punto

²⁵ «La palabra *wadiatio* en un diploma catalán de 1099», *AHDE*, XIII (1936-1941), 401-405.

²⁶ «Sobre simbología jurídica de la España medieval», *Homenaje a don José Esteban de Uranga* (Pamplona, 1971), 89-134.

²⁷ «Las Partidas y los orígenes medievales del juicio de residencia», *Boletín de la Real Academia de la Historia*, CLIII (1963), 205-246.

²⁸ «Carta de Hermandad entre los concejos de la Extremadura castellana y del Arzobispado de Toledo en 1296», *Revista Portuguesa de Historia*, XII (1969), 57-96.

²⁹ «Sobre los fueros de las villas portuguesas de Iffanes (1220) y de Anguairá (1257). Notas para el estudio del monasterio cisterciense de Moreruela», *Boletín de la Real Academia de la Historia*, CLVIII (1970), 193-226; «Fueros del Concejo de Arcediano (Salamanca. Año 1262)», *Homenaje a don José María Lacarra de Miguel*, II (Zaragoza, 1977), 245-261.

³⁰ *Historia de España. De los orígenes a la Baja Edad Media*, Madrid, 1952 (6.ª ed., Madrid, 1980).

de vista didáctico, es su *Historia de las Instituciones Españolas*³¹, que reorganiza actualizándolo parte del contenido de la obra anterior y lo inserta en una masa de conocimientos valiosísima para los estudiosos de Historia, Derecho, Economía y Política. Fue el resultado de su docencia madrileña, del mismo modo que la *Historia* era el tributo a sus sueños y ambiciones globales de historiador, de modo que si ésta es más grandiosa, aquél es más pragmático, pero en ambos luce el mismo afán de informar clara y completamente, que denotan también algunas otras aportaciones menores de síntesis³².

Gracias a ambos libros, muchos llevan hoy en su equipaje profesional todo el saber y el entusiasmo por la Historia que cabe aprender en la obra de Valdeavellano. Y bastantes llevan también en él algo más: un tomo grueso, antiguo, extraño a veces, cuajado de acotaciones, notas, informes y reflexiones de su traductor. Tal obra es la *Introducción al Estudio de la Historia*, de W. Bauer³³; el traductor, de nuevo, don Luis García de Valdeavellano. Releer sus páginas ayuda a apreciar con certeza lo que es nuevo hoy y lo que no lo es tanto, y sorprende encontrar siempre en sus notas datos ignorados, sugerencias valiosas ocultas por un olvido injusto. «Creo prestar un servicio a los estudiosos e investigadores españoles de la Historia», escribía Valdeavellano para presentar y explicar su traducción. Así fue, y prestó muchos más y aún mayores. Por todos ellos estaremos siempre agradecidos a don Luis: su recuerdo y su obra permanecerán en nosotros y en la historia de España, a cuyo conocimiento entregó la vida entera con generosidad ejemplar.

³¹ *Curso de historia de las Instituciones españolas. De los orígenes al final de la Edad Media*, Madrid, 1968 (4.ª ed., Madrid, 1975).

³² Así, sus artículos para el *Diccionario de Historia de España*, Madrid, 1952; su aportación sobre «El desarrollo del Derecho en la Península Ibérica hasta alrededor del año 1300», *Cahiers d'Histoire Mondiale*, III (1957), 833-853; «La época del rey astur Silo y el documento del año 775», en *Textos singulares de la España medieval*. I. *El diploma del rey Silo*, Madrid, 1971; «Una carta particular inédita del marqués de Santillana», *Homenaje a Xavier Zubiri*, I (Madrid, 1970), 625-646, y su conferencia, todavía inédita, sobre Alfonso X el Sabio, pronunciada en 1984, con motivo del séptimo centenario del fallecimiento del monarca, en especial «Martínez Marina y Las Partidas de Alfonso X el Sabio» (Real Academia de la Historia, 30 de noviembre de 1984).

³³ Barcelona, 1944.